

San Soriano de Almagro

Pasión, pelota y periodismo: las tres p de Soriano que Pablo Llonto nos trae a lo largo de una nota que no desperdicia situaciones de gol.

Qué crónicas deportivas nos perdimos en diciembre del año pasado! Las hubiese escrito Osvaldo Soriano, a los 71 años, desde Marrakech.

Quién duda que el gran Osvaldo hubiese viajado hasta Marruecos para enviar desde la Ciudad de los Jardines –a cualquier medio interesado– las más extraordinarias notas sobre su San Lorenzo querido, finalista de la Copa Mundial de Clubes ante el Real Madrid.

El Soriano talentoso y futbolero, fana santo y periodista alegre y emotivo que no descuidaba las visiones políticas de cada acontecimiento, hubiese sido el gran enviado especial argentino. Capaz de no olvidarse, entre victorias y derrotas, del rey Mohamed IV, como se olvidaron los cronistas de estos tiempos o de las torturas y aberraciones que aún se denuncian en la monarquía de Marruecos.

¿Fue Soriano un periodista deportivo?

¿Fue Soriano un escritor con desvelos futbolísticos?

¿Fue Soriano un centrodelantero juvenil de la Liga del valle y Tandil que pudo ser un goleador profesional?

¿O quizás fue todas estas cosas juntas?

Si la trayectoria periodística se midiese sólo por los trabajos más o menos duraderos, se podría decir que al Soriano periodista deportivo se lo ubica en dos etapas: *El Cronista Comercial-La Opinión y Panorama* (antes del golpe) y *Página/12* (ya en la democracia).

Desde ya, bastante le debemos, para refrescar la memoria, al extraordinario trabajo de Ángel Berlanga quien recopiló unas cuantas crónicas de Soriano en la obra *Cómicos, tiranos y leyendas* (de Seix Barral).

Si Soriano proponía “quitarle solemnidad a la literatura” y divertirse, como confesó en al-

gunos reportajes, pues en aquella etapa primera del periodismo todo ello lo consiguió. El mismo relataba que “*en esos medios cultos (se refiere a *El Cronista, La Opinión y Panorama*) hacer deportes era el mejor quiosco que había. Nos manejábamos entre amigos. Había un flaco fenomenal. Éramos nosotros solos. Un día al flaco se le ocurrió que era una pavada ir todos los días, que podíamos turnarnos. Le dije que se iba a armar la bronca y me contestó ‘Qué se va armar, ni siquiera saben que laburamos acá’. Hasta inventó un curro hermoso. El asunto era tener guardada en un cajón alguna nota larga, pero de esas tan intemporales que podían publicarse al día siguiente o nueve meses después: eran para tener ahí. Si un día había algún problema, era cuestión de abrir el cajón, marcarla y mandarla al taller. El asunto era laburar lo menos posible. Por eso, ese mismo flaco inventó lo de los colaboradores famosos. Les pedía columnas a Jorge Daguerre, a Osvaldo Zubeldía... incluso llegó a firmar Oscar Gálvez. Teníamos una columna de ajedrez y otra de bridge, que iban los días en que estábamos flojos de información. Y así funcionábamos hasta que a mí me pasaron a Cultura*”.¹

Aquel Soriano brilló en *La Opinión*, y dejó algunas obras recomendables para estudiantes de periodismo. Sin dudas, la “Historia de vida” sobre el uruguayo Obdulio Varela, el capitán de la Celeste en el Maracanazo no debe faltar en la lista de mejores textos deportivos. Luego del despido en *La Opinión*, encontró trabajo en *El Cronista* gracias a las gestiones de su amigo el dramaturgo Tito Cossa, quien le ofreció entrar a Deportes. Osvaldo llegaba golpeado, como tantos argentinos, por los

efectos del Rodrigazo y necesitaba un laburo estable. En ese diario redactó una nota evocativa de Gatica (“*Gatica es todavía un símbolo contradictorio, arbitrario, la vida le fue quitada poco a poco, con un odio que no conviene olvidar*”) y unos cuantos reportajes que incluyen, según cuentan, un falso reportaje a un jugador estrella a quien no podía conseguir, y entonces reemplazó entrevistando a un compañero de la redacción que se hizo pasar por el jugador.

Que Soriano se divertía, vaya que se divertía.

El otro Soriano, el que volvió del exilio, logró una producción extraordinaria en el periodismo en uno de los diarios que ayudó a fundar y construir: *Página/12*. El mismo *Página/12* que conducía Lanata a quien Soriano colmaba de recomendaciones para que aprendiese a ser un buen director: “usá los verbos en pasado, así la acción es más cierta, más contundente”, “no uses gerundios”, “guarda con las metáforas”. En *Página/12* Soriano inventó “Las Memorias de Mister Peregrino Fernández”. Un Soriano camuflado visitaba al Mister (un ex entrenador de fútbol, dueño de una cultura general envidiable) en un asilo y le reclamaba historias reales y delirantes para confeccionar una biografía.

Soriano podía escribir de todo en *Página/12*. Merecen muchas veneraciones sus contratas con la célebre *Llamada internacional* donde editorializaba con humor sobre un país que se hundía. Allí se mechaban Maradona, Monzón y otros deportistas de buena y mala fama con Marx, Perón y los políticos de los noventa. En 1994 cubrió el partido Argentina-Australia por el repechaje para el Mundial 94. “*¡Qué ansiedad, Dios mío! ¡Los nervios de punta y un*

¹ Entrevista realizada por el periodista Carlos Ferreira.





cosquilleo en la planta de los pies! Un nudo en el estómago. A esta altura la gente se conformaba con el cero a cero, pero por fortuna apareció el bueno de Tobin y la metió en su propio arco al desviar un centro de Batistuta. El primer tiempo, mientras Maradona estaba intacto, pintaba para lujos y goleada; después, con el cansancio llegaron los sofocones tan temidos. Menos mal que Diego se portó como si el que estuviera en la cancha fuera su propio monumento”.

Nunca lo dijeron, pero siempre lo pensaron: los refinados intelectuales decían que la prosa de Soriano era fácil y popular.

Seguro que fue así. Y esto es más que necesario para escribir de tantas cosas, como por ejemplo sobre el deporte. Mucho más sobre el fútbol. Causaba envidia entonces aquel Soriano conocedor de la calle y tan alejado de los suplementos literarios duros y difíciles.

El Soriano futbolero más conocido es el cuervo de la pasión desmedida que, según cuenta la leyenda, durante la dictadura y entre tanto exilio, se hacía relatar los partidos, por teléfono, desde Buenos Aires. O que siguió el descenso de San Lorenzo desde París, aquella tarde triste del sábado 15 de agosto en cancha de Ferro: el equipo de Boedo perdió 1 a 0 ante Argentinos Juniors con un gol

de penal de Salinas que, en Francia, del otro lado de la línea, habrá provocado en Soriano el mismo llanto que aquí. Él contaba que se había instalado en la agencia de noticias Associated France Press (AFP), al lado de la cabletera, y que mantenía la vista en la boca de la máquina que escupía los cables con algunos detalles del fatídico partido.

Los tiempos aquellos, de llamadas larga distancia carísimas e insoportables, contaban con una astucia que el Soriano exiliado resolvió con pícaro clase. Las llamadas se hacían desde *Clarín* y las llevaba adelante un periodista amigo (Eduardo Van der Kooy). Entonces pagaban la cuenta Magnetto y la señora de Noble.

Y finalmente está el escritor Soriano, de la perseverante temática deportiva. Corrijamos: más que deportiva, futbolística. Empezando por aquel cuento “El penal más largo del mundo”, y las encantadoras y delirantes líneas que nos trajeron hasta Buenos Aires las historias del equipo Estrella Polar de Río Negro. Sólo bastaban unas frases para entender que Soriano sabía cómo pintar el mundo del fútbol dentro y fuera del estadio: “*Las canchas se llenaban para verlos perder de una buena vez. Eran lentos como burros y pesados como roperos, pero*

marcaban hombre a hombre y gritaban como marranos cuando no tenían la pelota. El entrenador, un tipo de traje negro, bigotitos recortados, lunar en la frente y pucho apagado entre los labios, corría junto a la línea y los azuzaba con una vara de mimbre cuando pasaban a su lado. El público se divertía con eso y nosotros, que por ser menores jugábamos los sábados, no nos explicábamos como ganaban si eran tan malos”.

No tuvimos las crónicas de Soriano desde Marruecos. Cuánto lo sentimos.

Lejos de aquella sencilla y bella escritura y más lejos aún del buen hablar, la mayoría de los periodistas deportivos de hoy aún navegan entre las frases hechas y el recuerdo estúpido de una pregunta que ya se hizo hace dos siglos.

Miren solamente si Soriano hubiese observado aquella escena en Marruecos, minutos antes de Real Madrid-San Lorenzo, cuando el príncipe heredero Moulay Hassan de 11 años, saludaba a los dos equipos y luego se sentaba en su trono al lado del presidente de la FIFA. El estilo irreverente de Soriano resultaba, entonces, imprescindible.

Qué ganas tuvimos de gritar aquel día: “¡mandá algo, Gordo!, ¡mandá algo!”